

Giordano FROSINI, *La Trinità mistero primordiale*, EDB, Bologna 2000, 368 pp., 17 x 24, ISBN 88-10-40558-7.

Tras haber escrito en los últimos años sobre cada una de las tres divinas Personas —*Chi dite che io sia? Una cristologia per tutti* (1997), *Lo Spirito che dà la vita. Sintesi di pneumatologia* (1998), *Incontro al Padre. Una Teologia per tutti* (1999)—, Frosini afronta ahora la tarea de escribir una visión de conjunto del misterio trinitario. En cierto sentido, puede decirse que su itinerario especulativo guarda cierta analogía con el de la teología griega.

El libro está dividido en tres grandes partes: la primera, *Una mirada al presente* (pp. 17-121) es una presentación de la teología trinitaria contemporánea, donde se dedica un notable relieve a la teología de K. Rahner, especialmente a su denuncia en torno al déficit trinitario en la espiritualidad cristiana, y a su *Grundaxiom*. Tras esto, Frosini atiende convenientemente a la enseñanza del Concilio Vaticano II y a la trilogía trinitaria de Juan Pablo II; la segunda parte, *La Trinidad en la historia* (pp. 123-190) es un estudio de la fe en la Trinidad y de su formulación dogmática a lo largo de la historia. Esta parte concluye con un capítulo dedicado a las principales intervenciones del Magisterio eclesiástico en materia trinitaria. La parte tercera, *Reflexión sistemática* (pp. 191-336), recoge una gran cantidad de temas, orientados siempre desde el quehacer especulativo. Comienza con un capítulo dedicado a la Trinidad como misterio de amor, con el propósito de tomar el amor y la vida de familia como punto de partida de la explicación actual del misterio trinitario. Siguen tres capítulos dedicados a cada una de las divinas Personas, en los que el autor sintetiza lo que ya escribió en

los libros anteriores. Tras estudiar en sendos capítulos la Trinidad y la creación y la Trinidad y la redención, Frosini concluye con un larguísimo capítulo dividido en los siguientes apartados que, ya en sus mismos títulos, son suficientemente expresivos: *La persona imagen de la Trinidad* (pp. 278-289); *La familia imagen de la Trinidad* (pp. 290-298); *La Trinidad nuestro modelo social* (pp. 299-319); *La Iglesia, icono de la Trinidad* (pp. 320-335).

Frosini, pues, toma la familia y la vida social como la analogía más fecunda para hablar del misterio Trinitario, al mismo tiempo que apunta hacia las consecuencias sociales que comporta la fe en el misterio trinitario. Se trata de un planteamiento que es necesario manejar con prudencia en ambas vertientes, para evitar extrapolaciones. Por una parte, para evitar una acrítica aplicación al misterio trinitario de nuestras convicciones en torno a la sociedad y, por otra, para evitar deducciones tan simples como la de sugerir que el monoteísmo entrañaría una concepción autoritaria de la sociedad, mientras que una concepción trinitaria daría paso a una visión distinta de la sociedad. He aquí la formulación de Frosini: «Come una concezione praticamente monoteistica di Dio ha dato origine a una società di tipo piramidale e a una famiglia autoritaria, così una concezione veramente trinitaria dà origine a un'altra forma di società e di famiglia» (p. 291). Demasiado simple. Se intuye que el autor tiene en el trasfondo de lo que está diciendo a Ricardo de San Victor y a su genial planteamiento en torno a las exigencias de alteridad propias del amor perfecto (el amor más perfecto es el de amistad), pero al faltarle el vigor teórico de Ricardo y al tomar la sociedad humana como analogía propia para hablar de la Trinidad sin haber comenzado por

prestar atención suficiente a las analogías utilizadas por la teología clásica, tanto griega como latina, la argumentación carece de fuerza, y la aplicación resulta apresurada. Apresurada y débil parece, a pesar de la buena intención del autor, la propuesta de una ontología trinitaria con que concluye el libro: «Non più solo ontologia dell'essere, ma, a pari, anzi prima ancora, ontologia della Trinità, radice ultima dell'essere, ontologia dell'amore perchè l'essere primordiale è amore essenziale (...)» (p. 337). Como es lógico, el problema está en la frase «anzi prima ancora». El hecho de que el ser tenga origen en un Dios trinitario es de suma importancia y, desde luego, ha de llevar en sí lo que la teología califica como *vestigia Trinitatis*; pero esto no justifica metodológicamente tomar el misterio trinitario como clave de una ontología.

Lucas F. Mateo-Seco

Pierre GISEL-Gilles EMERY, *Le christianisme est-il un monotheisme?*, Labor et fides, Genève 2001, 396 pp., 15 x 22, ISBN 2-8309-1011-7.

Este volumen es el resultado de los trabajos de un programa conjunto de Tercer Ciclo en las Facultades de Friburgo, Genève, Lausana y Neuchâtel. Es, pues, no sólo un volumen interfacultativo, sino también interconfesional e interdisciplinar. La recopilación y edición de los trabajos ha corrido a cargo de los profesores Gisel (Lausana) y Emery (Friburgo). La lista de colaboradores es numerosa y variada. Además de los directores, ya citados, colaboran con sus trabajos O. Abel, K. Blaser, M. Boss, R. Jaquenoud, D. Korsch, M. Leiner, D. O'Meara, E. Parmentier, Th. Römer, B. Rondford, F. Stolz, Ch. Theobald, J. Wolinski. El lector se encuentra

ante un amplio abanico de temas, todos ellos convergentes hacia una cuestión fundamental: cómo ha de entenderse el monoteísmo cristiano, o dicho desde otra perspectiva, en qué consiste la radical novedad en el concepto de Dios que aporta el cristianismo, en dependencia de la radical novedad que comporta Jesucristo en la historia de la salvación.

Quizás uno de los planteamientos más lúcidos de esta cuestión es el que hace G. Emery en la p. 33: «La unidad de Dios, en una perspectiva trinitaria, es la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. No hay una unidad divina al margen de las tres personas: la unidad de Dios no existe realmente más que en la forma de esta unidad trinitaria. Desde esta perspectiva, el monoteísmo cristiano no ha sido dado con anterioridad a la fe trinitaria, ni al lado de ella, sino en la misma fe trinitaria. Así, pluralidad y unidad no sólo son simultáneas, sino completamente solidarias en el orden de la realidad. Este dato, ¿no debe llevarnos a revisar la prioridad del Uno en la ontología y en la metafísica occidentales, integrando en ella la dimensión relacional o comunitaria, y sacando el fruto de lo que la tradición cristiana ofrece con su doctrina sobre la palabra y el amor?». Emery se está refiriendo con esta afirmación a la inconfundible novedad cristiana en torno al concepto de Dios, novedad que no encuentra su última explicación en la historia de las doctrinas, sino en las exigencias del Evangelio, que al hablar del Padre, ha revolucionado el concepto de Dios (p. 140), y está apuntando al modo con que Santo Tomás resuelve la cuestión de la existencia en Dios de lo uno y lo múltiple (*De potentia*, q. 9, a. 7), cuando habla de una *multitudo secundum quod est transcendens*, frase que nuestro autor traduce por «multitud trascendente» (p. 219).